

## Mamás felices

Lic. Adriana Penerini\*

A algunas no les cuesta nada, a otras mucho esfuerzo y angustia, y tiempo lleno de análisis, trámites, incertidumbres y hasta culpas...

La maternidad es casi siempre un sueño que solemos tener desde la infancia, pero cuando cuesta mucho hacerse de una panza, la condición de ser madre, se idealiza aún más que en condiciones “normales”, lo cual ya es decir bastante...

Por eso cuando el niño o la niña, o los niños y las niñas, llegan puede haber –además de la sorpresa y el alboroto general y la emoción y los regalos y las flores con globos...– algún grado de desilusión, y la pregunta, al menos, íntimamente, se impone:

“¿Esto era ser mamá?”.

La duda aparece y con el tiempo va cambiando de color pero la intriga siempre tiene que ver con el desempeño de su rol y la evaluación de sus funciones...

¿Lo están haciendo bien? ¿Sus hijos las valoran?

¿Hay madres mejores?

Algunas suelen pensar que un selecto grupo de privilegiados se revuelca en la dicha, mientras ellas arrastran el carro del supermercado y eligen –mal– los vinos, mientras dan consignas a su empleada por el celular y los chicos lloran en la fila de la caja... o tienen “¡una pila en la boca!”.

A veces puede parecer que los instrumentos que los otros tocan están más afinados, que sus músicas suenan con otra armonía.

Esperando y concentradas en que las cosas cambien, que se dé el ascenso, que el marido entienda, que la hipoteca no se ejecute... la música propia puede sonar muy bien, incluso sorprender a otros, sin que la misma mujer pueda escucharla.

Sin embargo, muchas tienen la suerte de darse cuenta a tiempo de que la felicidad no es esa promesa a largo plazo, ni esa realidad de los vecinos.

Muchas pudieron advertir en su mejor momento que lo tenían todo.

Algunas necesitaron para eso un golpe muy fuerte, a veces incluso una enfermedad que les haya hecho peligrar su vida, pero otras lo lograron solas respondiendo a su intuición, mirando –como diría Mastretta– con los ojos grandes.

Pudieron descubrir la magia de los olores de la cocina, de los sabores de los menús más sencillos, el placer de los suspiros de los bebés cuando descansan, la avidez de sus labios en los pezones, el palpar con la emoción de los que aman, llegando a sentirla como propia.

Se pusieron a mirar como si fuera de otro esa enorme “suerte” que tenían y pudieron aprender a hamacarse entre los distintos climas de su propia vida cotidiana.

Lo bueno es que no hay un tiempo limitado para estos descubrimientos y que cada una puede subirse a sus “carabelas cuando se anime y conquistar sus propias tierras”.

Muchas veces recibo en el consultorio mamás abrumadas con los deberes cotidianos, con los compromisos propios y los de los hijos y los de la pareja. El pediatra, los cumpleaños, las reuniones de padres, el nebulizador...

A veces son también las presiones de afuera que toman como propias y que las obligan a meterse en luchas denodadas por “cumplir” con los demás...

La celulitis, la dieta de la luna, los nueve kilos por embarazo, las estrías, las modelos top, que amenazan con entregarse a sus propios maridos, desde la pantalla de la tele, con sus cuerpecitos de libélulas...

La mayoría de las veces cada una de estas mujeres son felices y no se dan cuenta... qué pena perderse la dicha de saberse dichosa.

Qué bueno sería imponerse el ejercicio de observar con más cuidado, de sopesar con más tibieza y menos exigencia el incalculable valor de cada logro, por pequeño que parezca.

Como madres sería muy productivo para lo personal y también para lo familiar, disfrutar cada día aunque sea desde el enojo, desde el apuro, desde el trámite pendiente...

Esa es la tierra prometida, la música perfecta... ser como se es, mirarse con cariño, abrazarse al propio entorno, cuidarlo, no creer siempre que hay algo mejor en otro lado, y que hay una manera más lúcida de ser mamás, diferente de la que uno pudo crear.

Seguramente de una forma u otra todas las mamás felices, todas, aunque a veces les cueste creerlo cuando las esperan kilómetros de platos sucios, la heladera con estalagmitas y estalagtitas en el congelador o la reunión de consorcio a la que no pueden faltar porque “hay que si o sí bajar las expensas ya”.

Seguramente son inmensamente felices, porque la felicidad es esa posibilidad de tocar las cosas de cerca, de hacer algo cada día, de estar.

Por supuesto que siempre hay algo que se puede mejorar, de hecho los terapeutas acompañamos esos procesos para hacerlos más fructíferos y menos inhóspitos para el alma, sin embargo, lo primero que deberíamos cambiar es la forma de mirar lo que tenemos, y dejar de querer ser de otra manera, si no a prender a querer de otra manera lo que somos.

\* Psicóloga. Especialista en maternidad, paternidad y crianza. Autora del libro *La aventura de ser mamá*. ([www.bebeabordo.com.ar](http://www.bebeabordo.com.ar))